

Mons. Fulton J. Sheen

La Virgen Madre

Una mujer puede ser virgen por una de estas tres motivaciones: primera, porque nunca tuvo oportunidad de casarse. Esta sería virginidad involuntaria (si se rebelaba contra su doncellez), o también voluntaria y meritoria (si la aceptaba como Voluntad de Dios). Nadie se salva por su virginidad, solamente; de las diez vírgenes de que habla el EvÁngelio, cinco eran vírgenes necias. Hay vírgenes en el infierno, pero ninguna que haya sido humilde. Una mujer puede ser virgen, segundo, porque decidió no casarse. Esta decisión pudo deberse a razones sociales o económicas, y por lo tanto no habría valor religioso en su actitud, pero también puede ser meritorio si lo hizo por motivos religiosos, por ejemplo: a fin de atender y servir mejor a una persona de la familia, enferma; o para dedicarse a servir al prójimo por amor de Dios. Tercero: una mujer puede ser virgen porque hizo voto o promesa a Dios de mantenerse íntegramente pura por Dios, aun cuando tuviera un centenar de oportunidades para casarse.

María fue Virgen por la tercera motivación. Se enamoró en tempranísima edad, y se enamoró de Dios, uno de esos hermosos enamoramientos en que el primer amor es también el último, y el último es el Amor Eterno. Debía haber sido muy prudente y sabia, tanto como puede serlo al máximo una jovencita de quince o dieciséis años, para hacer tal elección. Esto sólo ya la hizo muy diversa del resto de las demás mujeres, que estaban ansiosas por tener hijos. En aquel tiempo, cuando una mujer casada no tenía hijos, se consideraba a veces, aun cuando fuera desacertadamente, que Dios estaba disgustado de ella.

Cuando Nuestra Señora hizo el voto de virginidad, para algunas personas pasó como "rara", porque siempre habrá gente de mentalidad materialista incapaz de comprender por qué algunas almas aman realmente a Dios. La Santísima Virgen tenía una mejor probabilidad que la mayoría de las demás mujeres, de llegar a ser la Madre de Dios, porque la Biblia había consignado que Nuestro Señor nacería en la casa de David, el gran rey que viviera mil años antes, y María pertenecía a esa familia real. Sin duda, conocía la profecía de Isaías olvidada por algunos: que el Mesías habría de nacer de una virgen. Pero más verosímil es, juzgando por lo que Ella misma dijo más adelante, que se consideraba demasiado inferior para tal dignidad, e hizo el voto con la esperanza de lograr, mediante su sacrificio y sus plegarias, que la venida del Mesías fuera apresurada.

¿Cómo sabemos que María hizo el voto? Por la respuesta que dio al Ángel Gabriel. En medio de su trono de luz llegó el Ángel a la presencia de aquella joven arrodillada en oración. La visita del Ángel a María se denomina la Anunciación porque anuncio a la tierra la primera noticia realmente buena que se había oído desde siglos. El acontecimiento de antes había sido la caída de un hombre por una mujer; la de hoy era la regeneración del hombre por

una Mujer.

¡Un Ángel saludando y honrando a una mujer! Esto sería un desconcierto en el orden del Cielo, peor que si los hombres tributaran reverencia a los animales, a menos que la mujer saludada estuviera destinada por Dios a ser superior a los ángeles, más aun, isu verdadera Reina! Y así sucede que el Ángel, acostumbrado a ser honrado él por los seres humanos, saluda y honra ahora a la Mujer.

Este embajador de Dios no imparte órdenes, sino que la saluda: "¡Salve, llena de gracia!" "Salve" es nuestra expresión castellana de la griega *Chaire*, y probablemente ésta es el equivalente de la antigua fórmula aramaica Shalom, que significa: "Alégrate", o "La paz sea contigo". "Llena de gracia" expresión rara en el griego de los EvÁngelios, significa "llena de virtud" o "agraciadísima". Equivalía casi a un nombre propio con que el Enviado de Dios le aseguraba que era objeto de la Divina Complacencia.

Menos que la inesperada visita del Mensajero Celestial turbó a la humilde Doncella el asombroso saludo y el inaguardado tono de la Divina alabanza. Poco tiempo después, cuando visitara a su prima Isabel, se le preguntaría: "¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme?" Pero ahora corresponde a María preguntar: "¿Por qué el Ángel de mi Dios llega a mí?" El Mensajero se apresura a darle razón de la visita: ha de cumplir en Sí Misma lo que el profeta Isaías había anunciado siete siglos antes: "He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y su nombre será Emanuel (Dios con nosotros)." (Isaías, VII, 14). Haciendo una clara alusión a dicha profecía, añade el Ángel: "He aquí que concebirás y darás a luz a un hijo y le darás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará Dios el Señor el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin." (Luc. I, 30-33).

Dios La elegía, no solamente por ser una virgen, sino también a causa de su humildad. Más adelante María misma declaró esto como razón: "Porque miró la humildad de su sierva." (Luc. I, 48). María se sintió confusa; nada turba tanto a un alma humilde como la alabanza, y en este caso la alabanza procedía de un Ángel de Dios.

Ese gran honor le creó un problema, pues había hecho voto de consagrar su cuerpo y su alma a Dios. Por lo tanto, nunca podría ser madre. Y lo manifestó: "No conozco varón, he hecho voto de no conocer varón."

La Biblia nunca habla acerca del matrimonio usando términos de sexo, sino como "conocimiento". Por ejemplo: "José no conoció a María" (Mat. I, 19); "Adán conoció a Eva y ella concibió" (Gén. IV, 1). La razón de tal expresión es para demostrar cuán unidos deben estar el esposo y la esposa; en la intención de Dios han de estar tan próximos entre sí como la mente y la cosa conocida. Por ejemplo: todo ser normal sabe que dos más dos son cuatro, y nadie puede imaginar algo que se interponga entre la mente y ese conocimiento. Mi mano derecha no está tan unida a mi cuerpo como lo está a

mi mente cualquier cosa que yo sepa.

María respondió preguntando: "¿Cómo sucederá esto, puesto que no conozco varón?", y no dijo: "Nunca me casaré, por lo tanto no puedo llegar a ser la Madre de Jesús", esto hubiera implicado desobediencia para con el Ángel que le pedía que quisiera ser la Madre del Mesías; ni tampoco dijo: "No quiero un marido, pero que se haga la Voluntad de Dios", pues, ello hubiera implicado inconsistencia para consigo misma y para con el voto hecho. Simplemente, pidió ser iluminada respecto de su deber. El problema no era su virginidad, conocía suficientemente la profecía de Isaías para saber que Dios nacería de una Virgen. Su única preocupación era: puesto que hasta ese entonces, en la historia, la maternidad y la virginidad eran irreconciliables, ¿cómo dispondría Dios las cosas? Su objeción a la Generación Virginal se basaba en motivos científicos. La solución, ciertamente, no podía ser natural, por lo tanto tenía que ser sobrenatural. Dios podía hacerlo, pero ¿cómo? Mucho antes de que la biología moderna pusiera reparos a la generación virginal, María preguntaba el científico "¿Cómo?" El Ángel le explicó que en Su caso, la generación sobrevendría sin amor humano, pero, no sin Amor Divino, porque la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, que es el Amor de Dios, descendería a Ella, y el que nacería de su voluntad de Ella sería "El Hijo de Dios".

María comprendió en seguida que ese proceder le permitiría conservar su voto. De cualquier modo, lo que deseaba era amar a Dios. En aquel momento, cuando el Espíritu de Amor extasió su alma, de modo que concibiera en Sí a Cristo, debió cumplirse en ella el éxtasis pleno que las creaturas buscan en la carne, pero que nunca logran plenamente. La carne, en sus elevaciones de amor, cuando es unida a otra carne vuelve con hastío otra vez a sí, pero aquí, en la unión del amor humano con el Divino, no hay retorno a sí, sino únicamente el puro deleite del éxtasis del espíritu. En el amor carnal el éxtasis sucede primeramente en el cuerpo y luego indirectamente en el alma. En ese amor espíritu, el alma de María fue extasiada, y no por amor humano sino por Amor Divino. El amor de Dios inflamó de tal modo su alma, cuerpo y corazón, que cuando nació Jesús el mundo pudo decir en verdad acerca del recién nacido: "Este es un Hijo Fruto de Amor."

Una de las más hermosas lecciones del mundo surge de la Anunciación, o sea: la vocación de la mujer a los valores religiosos supremos. María retoma la vocación de la mujer desde un comienzo, es decir: a ser para la humanidad portadora de lo Divino. Toda madre es esto cuando da nacimiento a un hijo, porque el alma de cada niño es infundida por Dios. De este modo es cooperadora con la Divinidad, lleva en su ser lo que solamente Dios puede dar. Como en el orden de la Redención, el sacerdote, al momento de Consagrar trae el Crucificado al Altar, así la madre, en el orden de la Creación, trae al espíritu que procede de la Mano de Dios a la cuna terrena. Con estos pensamientos en su mente, Leo Bloy dijo en una oportunidad: "Cuanta más santa es una mujer, tanto más se hace mujer."

¿Por qué? No porque las mujeres sean naturalmente más religiosas que los

hombres. Esta afirmación es simplemente una racionalización hecha por hombres que han defecionado de sus ideales. Tanto el hombre como la mujer tienen una misión específica, dispuesta por Dios, para complementarse mutuamente. Cada uno, también, tiene su símbolo en el orden inferior: el hombre puede ser parangonado al animal en su iniciativa, movilidad y facultad adquisitiva; la mujer puede serlo con la flor, ubicada entre el cielo y la tierra, es como la tierra en su gestación y portación de vida, es como el cielo en sus aspiraciones por florecer hacia arriba, hacia lo Divino. La señal distintiva del hombre es la iniciativa, pero la de la mujer es la cooperación. El hombre habla sobre libertad, la mujer sobre simpatía, amor, sacrificio; el hombre coopera con la naturaleza, la mujer coopera con Dios; el hombre ha sido llamado a arar la tierra, a "gobernar sobre la tierra", la mujer a ser gestadora y portadora de una vida que procede de Dios. El deseo oculto de toda mujer en la historia, el anhelo secreto de todo corazón femenino, es satisfecho en el instante en que María dice: "*Fiat*", "Hágase en Mí, según tu palabra."

He ahí la cooperación en su máximo. He ahí la esencia del ser mujer: *aceptación, resignación, sumisión*. "Hágase en Mí". Ya sea la mujer soltera que cuida a su madre con su *Fiat* de entrega al servicio, o la esposa que acepta al marido en la unidad de la carne, la santa que acepta pequeñas cruces brindadas por su Salvador, o sea esta Mujer Unica cuya alma se somete al Divino Misterio de ser Madre de Dios hecho Hombre, siempre está presente, en diversos grados, el hermoso cuadro de la Mujer en su vocación más sublime: hacer la Donación Total, aceptar una asignación Divina sometiendo a las santas finalidades determinadas por el Cielo. María se denomina a Sí misma *ancilla Domini*, sierva del Señor. El ser esto no disminuye en mujer ninguna su dignidad. Los momentos más desventurados de toda mujer son aquellos en que es incapaz de dar; sus momentos más infernales son aquellos en que se rehusa a dar. Las tragedias se presentan cuando la mujer, por circunstancias sociales o económicas, se ocupa en cosas materiales que obstaculizan o impiden el desarrollo y fluencia de la específica cualidad de entrega para los Fines Divinos que hacen de ella una mujer. Negada la salida a la intensa y creciente necesidad de dar, experimenta una profunda sensación de vacío, más profunda que el hombre, precisamente por ser más hondos los abismos donde surge su fuente de amor.

Para una mujer, el ser Colaboradora con la Divinidad, ya sea ayudando a las misiones, visitando a los enfermos después de sus horas de oficina, brindando gratuitamente su ayuda en los hospitales o atendiendo maternalmente a sus propios hijos, todo ello implica gozar del equilibrio de espíritu que es la esencia de su sanidad, de su bienestar. La Liturgia habla de la mujer cumpliendo un *mysterium caritatis*, el misterio del amor. Y amor no significa tener, poseer, ser dueño; significa ser poseído, ser tenido, estar a servicio. Es darse a sí misma a otro. Una mujer puede amar a Dios, mediatamente, a través de las creaturas, y también puede amarlo inmediatamente, como lo hizo María, pero para ser feliz *debe* llevar lo Divino a lo humano. La intensa sublevación de la mujer contra sus pretendidas desigualdades con el hombre, es en lo profundo una protesta contra las restricciones de una civilización burguesa sin fe, que ha encadenado los

talentos que Dios le dio.

Lo que toda mujer desea en el "misterio del amor" no es el estallido bestial, sino el alma. El hombre es guiado por el amor del placer, la mujer lo es por el placer del amor, por su significado y por el enriquecimiento del alma que proporciona. En ese hermoso momento de la Anunciación la Mujer alcanza su más sublime saturación por causa de Dios. Así como la tierra se somete a la exigencia de la simiente por causa de la cosecha, como la enfermera se somete a las exigencias de los heridos por causa de la curación, como la esposa se somete a las exigencias de la carne por causa del hijo, así María se somete a las demandas de la Voluntad Divina por causa de la Redención del Mundo.

Y estrechamente aliado a esa sumisión está el sacrificio. Porque la sumisión no es pasividad, sino acción, la acción del desasimiento y olvido de sí. La mujer es capaz de sacrificios mayores de los que es capaz el hombre, en parte porque el amor de ella es menos intermitente, y también porque no se siente feliz sin una total y completa dedicación y entrega. La mujer está hecha para la consagración, la dedicación. Es un instrumento del cielo en la tierra. María es el prototipo, la Mujer modelo que cumple cabalmente en Sí las más profundas aspiraciones del corazón de toda hija de Eva.

La virginidad y la maternidad no son tan irreconciliables como podría parecer. Toda virgen aspira en su interior a ser madre, ya sea física o espiritualmente, pues a menos que cree la vida, la fomenta, la cuida como madre o como solícita enfermera, su corazón se sentirá intranquilo y a disgusto, como un navío gigante en aguas poco profundas que le impiden navegar. Tiene la vocación de engendrar la vida, ya sea en la carne o en el espíritu por medio de la conversión. Nada hay en la vida profesional que endurezca necesariamente a una mujer. Si una mujer profesional se endurece, ello se debe a que carece de aquellas funciones específicamente creadoras, a semejanza de Dios, sin las cuales no puede ser feliz.

Por otra parte, toda esposa y madre anhela la virginidad espiritual en cuanto que le agradaría recuperar lo que ha dado a fin de poder ofrecerlo todo nuevamente, pero esta vez más profundamente, más devotamente, más divinamente. Hay algo incompleto en la virginidad, algo sin dar, sin entregar, retenido; hay algo perdido en toda maternidad; algo dado y algo quitado... y algo irrecuperable.

Pero en la mujer fue realizado física y espiritualmente lo que toda mujer desea físicamente. En María nada hubo sin entrega, nada perdido; hubo cosecha sin la pérdida del capullo; un otoño en primavera otoñal; sumisión sin expoliación. ¡Virgen y Madre! La única melodía brotada de la concertación de la Creación Divina sin que se rompiera cuerda ninguna en los instrumentos.

La mujer tiene una misión: dar vida. La vida que ha de proceder de María surge sin la chispa del amor de un esposo humano, pero con la Llama del

Amor del Espíritu Santo. No puede haber nacimiento sin amor, pero la esencia del Nacimiento Virginal es el Amor Divino actuando sin el beneficio de la carne. Como resultado, Ella contiene en Sí a Aquél a Quien los Cielos son incapaces de contener. Ese fue el comienzo de la Propagación de la Fe en Jesucristo Nuestro Señor, porque en el Cuerpo Virginal de Ella, como en un nuevo Edén, se celebraron las nupcias de Dios y el ser humano.

Porque en esa Mujer Única se unieron la Virginitad y la Maternidad, necesariamente ha de ser que Dios quiso demostrar que ambas son necesarias al mundo. Estando separadas en otras creaturas, en Ella están unidas. La Madre es la protectora de la Virgen, y la Virgen es la inspiradora de la maternidad. Sin madres, no habría vírgenes en la generación subsiguiente; sin las vírgenes, las madres olvidarían el sublime ideal que se sitúa más allá de la carne. Ambas se complementan mutuamente, como el sol y la lluvia. Sin el sol no habría nubes y sin éstas no habría lluvia. Las nubes, como las madres, entregan algo al fecundar la tierra, pero el sol, como las vírgenes, recoge y recobra lo perdido haciendo que las livianas gotas suban nuevamente hacia el cielo. ¡Cuán grandioso es pensar que el Engendrado sin Madre en los Cielos nace ahora sin padre en la tierra! ¿Podemos imaginar a una avecilla haciendo el nido en el que ha de ser empollada? Evidentemente, es imposible, porque habría de existir antes de hacer ese nido. Pero eso es lo que sucedió, en cierto sentido, con Dios, cuando eligió a María como Madre Suya: pensó acerca de Ella desde toda la eternidad, formó a Su Madre como el nido en el que habría de nacer.

Frecuentemente oímos a amigos y parientes decir acerca de un infante: "Es la imagen de su padre", "Es muy, muy parecido a su madre", o también: "Tiene los ojos azules de su madre", "Ha heredado las actitudes del padre". Bien, Nuestro Señor no tuvo rama paterna; ¿de dónde le provinieron su hermoso rostro, su fuerte cuerpo, su limpia sangre, su sensible expresión, sus delicados dedos?; de su línea materna. ¿De dónde recibió su Divinidad, su Mente Divina que conoce todas las cosas, hasta nuestros más secretos pensamientos, su Divina Potestad sobre la vida y la muerte?; de su Línea Paterna Celestial. Para los hombres es cosa terrible no conocer a su padre, pero aun es más terrible no conocer a su Madre del Cielo. Y el máximo halago que se puede hacer a un verdadero cristiano, es: "En la gracia tiene usted la herencia de su Línea Paterna pero en su humanidad se parece a su Madre."

(Fulton J. Sheen, *El primer amor del mundo*, Ed. Difusión, 1º Ed., Bs. As., 1954, Pág. 75-83)